

LA NOVELA FILM

N.º 164

400 cts.



PROMESA EN PRENDA

POR

JACK HOLT, NOAH BEERY, BILLIE DOVE, DOUGLAS FAIRBANKS (Hijo), etc.

WILLATI, Invin

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

AÑO IV

N.º 164

PROMESA EN PREnda

(THE WANDERER OF WASTELAND, 1924)
Interesantísima película americana, interpretada
por los célebres artistas

JACK HOLT, Noah Beery, BILLIE DOVE, Douglas Fairbanks (hijo), Margaret Morris, Edith Jorke, George Irving, George Magrill, Bernard Siegel, etc.

Es una Producción PARAMOUNT

Exclusiva de

Paramount Films S. A.

(antes SELECCINE, S. A.)

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
COLLEEN MOORE

Promesa en prenda

Argumento de la película

Es un hecho muy poco conocido que aun existen en los Estados Unidos millares de caballos salvajes en las llamadas Cuatro Esquinas y en sus inmediaciones, donde se juntan los Estados de Utah, Arizona, Colorado y Nuevo México.

Descendientes de los caballos que se les escaparon a los exploradores españoles, estos animales son hoy tan salvajes como el reno, el lobo y el puma.

Al empezar nuestra historia, un famoso caballo blanco, al cual los indios llamaban Panguitch, era el monarca de las manadas de caballos salvajes. En vano se habían organizado muchas expediciones contra él.

A algunas millas de distancia en uno de los valles del Colorado dormía su sueño eterno una pequeña aldea llamada Trocha.

En aquel día del mes de junio, nuestra aldea estaba más muerta y silenciosa que una tumba.

Una pequeña tienda de comestibles estaba tan abandonada y desierta como el resto de la población.

Uno de los aldeanos penetró en ella con ánimo de adquirir algunos alimentos. No vió a nadie tras el mostrador. El polvo cubría los anaqueles; por los rincones, enormes carretes de alambre ponían una nota extraña en la tienda de comestibles.

—¡Eligio! ¡Eligio! ¿Estás muerto o vivo? — gritó el cliente.

Al cabo de unos momentos de silencio, apareció una linda joven de sorprendente belleza.

—¿Qué desea usted?

—Dame una lata de conservas... Pero, ¿dónde demonios está metido tu padre?

Mientras la muchacha entregaba lo pedido, le explicó:

—Mi padre ha ido a Durango... a examinar... a examinar... un ganado.

—Supongo que habrá ido a pagar lo que debe. —No es esto, Susana? — dijo—. Todos sabemos que Eligio, financieramente hablando, está con el agua al cuello.

La joven se entristeció. Tenía razón aquel hombre. Su padre, Eligio Melberne, era un soñador, un idealista. Y como tenía casi abandonado el almacén, los clientes eran escasos y el pobre Eligio no podía pagar los géreros. En aquel momento se encontraba en casa de un almacenista para pedir el aplazamiento de cierta factura.

—No hay duda de que tu padre es uno de los hombres más buenos del valle — continuó el cliente—, pero como comerciante no va a ninguna parte... ¡Mira cómo está esto de enredos!

En efecto, no había allí orden ni concierto y la tienda más bien semejaba un desván.

Susana callaba, no atreviéndose a disculpar al autor de sus días.

—¿Y este alambre para cerca? — preguntó el cliente—. Tu padre tiene aquí alambre suficiente para cercar todo el valle. ¿Qué piensa hacer con él?

—Un día se acercó un hombre a proponérselo en venta... El pobre estaba enfermo y mi padre quiso ayudarle.

—Bien... admirable... ¡Qué gran hombre es el señor Melberne...! No paga lo que debe y se entretiene en dar limosnas...

El cliente se alejó de la tienda, murmurando im-



...la tienda más bien semejaba un desván...

precaciones contra la necesidad de su amigo Eligio Melberne.

Susana, desolada por lo que veía, salió al umbral de la tienda. ¡Las cosas no podían ir peor! ¿Y el dependiente? ¿Dónde se habría metido?

Un muchacho se acercó a Susana, llevando sobre los hombros un pequeño cesto contenido truchas. Era Chester Weymer que había llegado de la ciudad poco antes para trabajar de dependiente en la tienda de Melberne.

Susana le miró con severidad. ¡Valiente tuno! Chester, sonriente, con la juventud de sus diez y ocho años, preguntó:

—¿Por qué estás tan seria, Susana?

—Es que no lo comprendes? ¿Cómo es posible que andes vagabundeando por ahí y no atiendas al negocio como es debido?

El joven respondió:

—Como estos días apenas hay trabajo... yo pensaba...

—Calla, calla, mi padre hace mal en confiar en tí... Eres un chiquillo, sin la menor idea de lo que la responsabilidad significa.

Chester, con la mano, pretendió acariciar el lindo rostro de Susana.

—Digas lo que tú quieras, te amo...

—¡Para amores estamos! —dijo ella, entre risueña y enfadada—. Ten más juicio... No, Chester, no...

—Es que yo soy capaz de...

—¡Eres una criatura! ¡Si mi padre se enterase de que has dejado la tienda sola y te has ido a pescar...!

Un rumor de pasos les hizo enmudecer. Era Eligio Melberne quien llegaba de su excursión.

—Papá, ¿qué arreglos ha hecho con el almacenista? —preguntó Susana, con impaciencia.

—No pude arreglar nada, hija mía... Si no pago la cuenta dentro de un mes van a cerrarme la tienda.

Callaron los dos como si viesen cercano el espectro de la miseria. Chester, en un rincón, temía alguna reprimenda severa. Por fin, Melberne contempló el cesto de truchas y dijo:

—Pero, ¿fuiste a pescar?

—Sí, señor... Susana me dió permiso...

La joven le lanzó una mirada de furor. ¡Embutero! Pero el señor Melberne, que gustaba de los placeres de la mesa, no dió importancia a la escatatoria y dijo:

—Pues, nada... vamos a comer esas truchas. ¡Me gustan tanto!

Y una hora después dió principio la comida. Se sentaron a la mesa, el señor Melberne, su buena mujer, Susana y el dependiente.

Eligio no parecía muy disgustado por el resultado infructuoso de sus gestiones. Era el hombre tranquilo que no piensa nunca en el día de mañana.

—Chester — dijo Melberne, complacido —, te digo que estas truchas han sido las más sabrosas que he comido en mi vida.

Grandma, su esposa, se atrevió a decir:

—Gustándote como te gustan las truchas, ¿por qué no cierras de una vez la tienda y tratas de ganarte la vida pescando?

El señor Melberne, que aceptaba todas las ideas, buenas o malas, que le proponían, se apresuró a responder:

—¡No me parece mal! Apostaría cualquier cosa que los grandes hoteles pagarian las truchas a buen precio. Tú podrías pescar río arriba y yo río abajo...

Susana y Chester se miraban, entretanto, sonrientes, con la travesura y la alegría de sus dos tempranas juventudes. El dependiente estaba contento... Eh, ¿qué tal? ¿Las truchas no serían, tal vez, la salvación de papá?

Llamaron y entró en el comedor un mozo fornido y fuerte llamado Bent Manerube.

Era muy amigo de la familia y alimentaba determinadas esperanzas con respecto a Susana. Pero ésta no podía reprimir, al verle, un sentimiento de hostilidad.

Bent, después de dar un largo apretón de manos a Susana y murmurar algo a su oído, lo que no pasó inadvertido para Chester, fué a tomar asiento a la mesa. El dependiente le miró con desdén.

—Pues, ¿dónde has estado todo este tiempo, Bent? — preguntó Melberne.

—He estado en Utah cazando caballos salvajes.

Ahí tiene usted un buen negocio para hacerse rico en poco tiempo, señor...

—A ver... a ver... cuéntame — dijo el eterno ingenio.

—Verá usted... Las grandes casas comisionistas de Kansas y San Luis compran todos los caballos que les llevan a trece dólares por cabeza puestos en la estación del ferrocarril. Si yo tuviese algo de ca-



El dependiente le miró con desdén...

pital pondría en práctica una idea que tengo para ganar una fortuna.

—¿Y qué es ello?

—Más allá del río de San Juan hay un valle profundo en donde la hierba se conserva fresca cuando en todos los parajes vecinos está quemada... El llano de que hablo está lleno de caballos salvajes. Si en vez de ir cogiéndolos uno a uno con el lazo, se

construyese una trampa, podrían cazarse cuatro o cinco mil caballos cada vez.

—Pero, ¿es esto posible? — interrumpió asombrado Melberne.

Susana y su madre estaban también pendientes de las palabras de Bent. Sólo Chester miraba con hostilidad a ese intruso que mientras hablaba tenía los ojos fijos en Susana.

Bent prosiguió:

—Todo lo que me hace falta es dinero para los picadores, para el equipo y para la comida... y para comprar una gran cantidad de alambre de púas... Podríamos realizar un fantástico negocio, señor Melberne.

—¡Pues si no es más que eso! — dijo —. Yo tengo en la tienda muchos metros de alambre... Ahora nos servirán para el caso...

Después de comer, los esposos Melberne se dirigieron a la tienda.

Bent quedó entusiasmado ante aquellos formidables rollos de alambre.

—Pues nada... si está usted decidido...

—Con alma y vida — respondió el viejo Melberne —. Estoy contigo hasta el fin; vamos a hacer una fortuna... cazar los caballos a miles... ¡qué felicidad!

La esposa se sintió contagiada del mismo entusiasmo y vió ya abiertas las puertas, siempre lejanas, para ellos, de la riqueza.

Y entretanto, en el comedor, Susana y Chester sostenían una disputa:

—¿Es por ese Bent que me desdeñas? ¿Hay algo secreto entre tú y ese tipo?

—Bent Manerube y yo somos antiguos amigos, y tú no tienes ningún derecho a gritarme de esta manera.

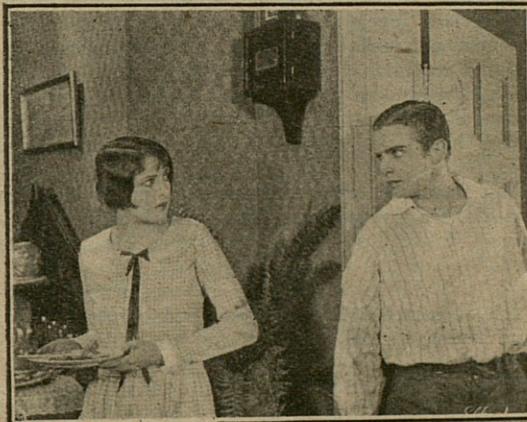
—Siempre que Bent te galantea, yo gritaré, ¿me entiendes?

La vuelta de los padres y de Bent acalló la discusión. Y Susana, coqueta, extremó sus amabilidades.

des con el joven, mientras Chester tenía que contenerse para no caer sobre su rival.

Dos días después, la familia Melberne con Bent y Chester y algunos hombres de la aldea, emprendía el camino hacia las montañas. En un coche diligencia iban las dos mujeres de la expedición.

Un lejano pariente de Eligio había adquirido la tienda de Melberne, y Sara, su sobrina, estaba en



—¿Y es por ese Bent que me desdeñas?

el mostrador despachando a los clientes atraídos por la novedad del "cambio de dueño".

Y, lentamente, los expedicionarios fueron abandonando la aldea, llenos de optimismo, alegres, con la esperanza de los antiguos aventureros...

**

La Mesa del Caballo Salvaje se extendía a unas cincuenta millas hacia el nacimiento del Colorado...

en donde el hombre blanco no había puesto todavía su planta.

Chane Weymer se había pasado toda su vida en las llanuras libres, y los últimos años dedicado a la captura de caballos salvajes.

Toddy Nokin, un jefe de los indios navajos que traficaba en caballos, había aprendido mucho durante sus años de amarga experiencia con los blancos, con quienes tenía que confiar y de quienes tenía que precaverse. Le unía una buena amistad con Chane Weymer, el joven explorador de aquellas montañas en quien adivinaba un hombre recto y honrado.

Había realizado con él varias operaciones de venta de caballos, y hasta trataron juntos de dar caza a Panguitch, el rey de los caballos salvajes. Con tal motivo había sido Chane su huésped durante unos días.

Aquella tarde casi estuvieron a punto de dar caza al fiero animal, pero éste embocó por un desfiladero dirigiéndose hacia la cumbre de una alta montaña.

—¡Bah! Algun día caerás en mis manos, Panguitch — comentó Chane—. ¿Verdad, Bruto — dijo, acariciando a su fiel caballo—, que algún día le echaremos el lazo?

Sosie, la hija de Toddy Nokin, parecía enamorada de Chane. Durante los días que había estado Chane con ellos, la india se sintió turbada por la expresión de energía y de poder de aquel guapo mozo de las montañas.

Los hombres de Toddy acababan de llegar al campamento indio donde se hallaba Chane, y le traían una piara de ganado.

—Caramba, Nokin — dijo Chester—, no esperaba que me trajesen tantos caballos... Hoy no tengo dinero para pagarlos ni para conducirlos a la estación del ferrocarril.

—Chane — le dijo el indio—, tú ser mi amigo... Muchachos ayudarte llevar caballos estación.

—Gracias, amigo mío... Nunca podré pagarte tu buena amistad.

Y comenzaron la marcha hacia la estación ferroviaria. Al siguiente día, el indio y su hija se separarían de él y cuando Chane volviese de embarcar los caballos, le pagaría su importe y en paz.

La muchacha estaba entristecida por el anuncio de la separación. Acercándose a Chane le dió una pulsera labrada y le dijo:

—Para que se acuerde alguna vez...

—Sosie — le respondió, agradecido, el joven—, la guardaré siempre... como recuerdo de una amiga leal y sincera.

La abrochó en su muñeca como una simple atención hacia la india, pero sin el menor asomo de amor.

Durante la caravana se les hizo de noche y fué preciso acampar al raso. Cuando más distraídos se hallaban, vieron acercarse a tres individuos sucios y desarrapados, cuya palidez parecía denotar el hambre de que estaban poseídos.

Uno de ellos, adelantándose, dijo a Chane y al indio Nokin:

—Soy Dud Mac Pherson. Yo y mis compañeros perdimos todo lo que llevábamos cruzando el río San Juan... y no hemos probado vocado desde ayer... Si os compadeciésemos de nosotros...

Y luego señalando a sus compañeros, agregó:

—Ese más buen mozo es Jim Hora... y ese otro menos guapo es Hold Slack...

Chane y el indio les contemplaron con cierta prevenCIÓN. ¡Sabían que algunos ladrones pululaban por aquellos parajes y convenía no dejarse sorprender!

—Bonita montura lleva usted ahí — dijo Mac Pherson, acariciando el caballo de Chane.

Y luego, dirigiendo la vista al ganado de Chane, añadió:

—Veo que tiene usted ahí un buen puñado de pesos... Si quiere, le ayudaremos a conducirlos a Lund para ganarnos la comida.

—No os necesito — dijo Chane —, pero me dais lástima. Quedaos... No tengo mucha abundancia de provisiones, pero comeréis lo que haya... Podéis tenderos allá abajo.

Y los tres hombres, después de agradecer a Chane su atención, devoraron una ligera cena y luego se dispusieron a dormir, a alguna distancia de Chane y los indios.

Pero dichos sujetos no eran más que ladrones de caballos. De caballos buenos, se entiende, y cuando convenía, también sabían hundir su puñal en el vientre de un enemigo. Su satánico instinto sólo se satisfacía haciendo el mal.

Cuando el campamento pareció dormido, uno de ellos, Slack, comentó:

—Cuidado que es soberbio el caballo del blanco... Es el caballo de más pulgadas que he visto por esos andurriales.

—Pues a mí me gusta más la chica. ¿Estamos? — respondió Jim que no había quitado los ojos de la hija de Toddy Nokin.

—Callaos — les dijo Mac Pherson —, lo que hay que hacer es apoderarnos del caballo del americano, que es un ejemplar estupendo... Pero antes, tú, Slack, te llegarás adonde está el animal y quitarás de la montura el rifle que he visto allí... Creo que es la única arma que llevan. Y a media noche, cuando todo esté dormido, caeremos sobre ellos, les daremos muerte y nos apoderaremos de la muchacha.

Así lo hizo Slack, apoderándose del arma con el mayor silencio. Luego volvió junto a su compañero. Pero una media hora después, Chane despertó. Vió a "Bruto" junto a él y sin el arma. Despertó precipitadamente al indio Nokin.

—Esos tres hombres son cuatberos. ¡Me han robado el rifle y el revólver! Ahora con armas pueden hacernos mucho daño. ¡Lo mejor es escapar en silencio!

Y con el mayor sigilo, sin que los tres hombres que se habían ahora dormido a pierna suelta, ren-

didos por el cansancio, se diesen cuenta de nada, Chane y los indios se alejaron de allí.

Algo más tarde, en las calladas sombras de la noche, Mac Pherson despertó a sus compañeros:

—Ha llegado el momento. Vamos a la tienda de Chane y le asesinaremos...

Se arrastraron lentamente por el suelo, pero al llegar a ella no encontraron ya ni restos de la caravana.

—¡Se nos escaparon mientras nosotros estábamos escuchando quien roncaba más fuerte! — gritó Mac Pherson, enfurecido.

—¡Tal vez aun podamos alcanzarlos!

—¡En marcha! ¡Ahora quiero los caballos y la vida de Chane!

Y comenzaron a correr siguiendo el rastro de sus enemigos.

Al amanecer, Chane y los indios que debían acompañarle a la estación se despidieron de Toddy Nokin y su familia, después de haber despistado, según ellos pensaban, a los tres cuatberos.

Chane prometió a Nokin que cuando volviese de la ciudad le entregaría el dinero que le adeudaba. El indio le reiteró su amistad y su confianza. No tenía prisa en cobrar.

Chane, que se había retirado unos pasos, se vió sorprendido por la presencia de Sosie, la hija del jefe, quien le decía:

—Quiero ir contigo, Chane... quiero acompañarte...

—Pero, muchacha, tú no sabes lo que es esto... Quédate aquí con tu padre... Quizás hayamos de correr algunos peligros.

Sosie, desolada, le vió partir, y sintió que su alma volaba hacia el hombre de raza blanca...

Ella, la india ardiente, se había enamorado ciegamente del joven. Y he ahí que pasada una media hora, y al cruzar por cerca de unas rocas de elevado contorno, Sosie escondióse tras ellas y comenzó a correr en dirección opuesta, con la esperanza de encontrar de nuevo a Chane. Sin que entre

los dos hubiese mediado jamás una palabra de amor, la pobre india estaba loca por el bravo jinete.

Y entretanto Chane, con los caballos, había llegado cerca del río de San Juan donde les hizo descansar antes de vadearlo.

Pero se vió sorprendido por unos disparos que surgían tras unos montículos de arena. ¡Cristo! ¡Los cuatreros!

Llamó a los indios y les dijo:

—Lo que los cuatreros quieren es mi caballo. Los jamelgos poco les importan... Vosotros continuad vuestro camino hacia la estación y yo procuraré desistar a mis enemigos.

Picó espuelas y emprendió veloz carrera mientras los indios que escoltaban a los jamelgos continuaron lentamente su camino.

Mac Pherson y sus dos compañeros corrieron en persecución de Chane, deseosos de apoderarse del magnífico ejemplar que montaba.

Chane flanqueó el curso del río dirigiéndose hacia la desolada llanura de la Mesa del Caballo Salvaje. Comprendió el joven que sin disponer de alimentos y desarmado, su única salvación estaba en llegar a los establecimientos mormones del Norte.

Los tres cuatreros perdieron pronto la pista de Chane, mas hallaron en su camino algo que, particularmente a Slack, le causó una emoción indescriptible. Se toparon con Sosie que vagaba perdida entre montañas sin haber podido encontrar al americano con quien quería reunirse.

—¡Vaya! —dijo alegremente Mac Pherson—. Se nos ha escapado el caballo, pero cazamos a la chica...

Sosie, a la vista de aquellos tres desalmados, pretendió huir, pero pronto se vió cogida por aquellos brazos implacables que le trituraban pretendiendo acariciárla.

—¡No es poco arisca la niña! —gritó Slack.

Y los tres hombres, olvidándose ya de Chane, cayeron sobre la virgen india que se defendió locamente con todas las energías de su virtud indomable.

Su resistencia enardeció todavía más a los miserables hasta que Mac Pherson, enloquecido de furor, sacándose un cuchillo atravesó el pecho de la infeliz.

Un hilo de sangre comenzó a derramarse de los labios pálidos de la india. Locos de ira, creyéndola muerta, después de besar y acariciar su cuerpo sin aliento, se alejaron de ella, dejándola sola y abandonada en el país inhóspito y salvaje.



Los Melberne, después de algunos días de penosa marcha, acamparon en el sitio indicado por Bent Manerube, donde deberían implantar la trampa para la caza de los caballos.

Con el entusiasmo de la próxima riqueza que iban a lograr, rodearon el valle donde se encontraban, de una enorme cerca de púas, dejando libre solamente una angosta entrada, único lugar accesible por donde las bestias podrían penetrar.

Este valle lleno de hierba fresca atraía a los caballos y Bent y sus hombres les espolearían para que fueran a él, y al querer penetrar en bandadas contra la cerca, les acorralarían obligándoles a entrar por la única abertura del valle.

Viendo colocar aquellas alambradas, la esposa de Melberne dijo a éste:

—Eligio. ¿No te parece que esas púas van a descuartizar los caballos salvajes que lleguen a la cerca?

—¡Cá, mujer, cá! Manerube dice que colgando unos pedazos de trapo a corta distancia el uno del otro, los caballos no se acercarán al alambrado.

Pero la mujer no parecía convencida y Susana tampoco era de aquella opinión.

El joven Chester Weyner seguía en su rivalidad constante con Bent. Odiaba a este hombre que se había constituido en director de la expedición y además en mudo adorador de Susana.

Una tarde sostuvieron una discusión sobre el modo

de cargar una mula que llevaba materiales para la cerca:

—Es así como mi hermano me enseñó a cargar la mula, y mi hermano sabe lo que se dice porque no hay quien le pase la mano por la cara montando a caballo en toda la comarca — dijo Chester.

—¿Y cómo se llama tu hermano? — respondió Bent, despectivo.

—Chane Weymer.

—¿Conque Chane Weymer? Ya he oído hablar de él cuando estuve aquí la otra vez, y por lo que me dijeron, su hermano no sabrá cargar mulas, pero si sabe enamorar las indias de los navajos o de los piutes...

—Mi hermano es más serio de lo que usted se figura...

—Pues ha tenido varias novias indias... Todo el mundo lo sabe, desde el río San Juan hasta la frontera de Nevada.

—¡Miente usted como un cobarde!

Y el chicuelo abofeteó rudamente el rostro de Bent. Y éste, hombre fornido, le propinó algunos puñetazos.

El ruido de la pelea atrajo a los Melberne y a sus hombres que les impidieron continuasen la lucha.

Melberne les afeó su conducta. Allí todos debían vivir en paz, ¿entendían? iban únicamente a conquistar la riqueza.

—Siento lo ocurrido, señor Melberne. No quería hacerle daño, pero él me provocó — explicó Bent.

—Bueno, que no se hable más del asunto.

Y mientras Bent iba a continuar sus trabajos, el joven Chester fué a explicarle a Susana sus penas... Y a la muchacha, a medida que iban transcurriendo los días, le parecía más antipático el organizador de la expedición.

El trabajo se aceleraba febrilmente. Después de una semana de ardua labor y privaciones, el grandioso proyecto de Bent Manerube tocaba a su término.

En las tierras altas, los caballos salvajes seguían pastando tranquilamente.

Bent, con la emoción de su proyecto, explicaba a Melberne:

—Vamos a mandar unos cuantos picadores montados a la cima de la mesa para que arren los caballos y los hagan entrar aquí por millares... Hemos cerrado todas las salidas con alambres de púas y los animales que descenderán locos de la Mesa, chocarán contra las alambradas y nuestros picadores les espolearán hacia la única entrada que hemos dejado libre.

Don Eligio estaba contento. Contemplando el valle cerrado por las alambradas, sonrió. La riqueza sería suya, por fin. Pero al ver las púas de la cerca, recordando las palabras de su esposa, se atrevió a decir:

—¿Y no se destrozarán cuando embistan el alambre?

Susana que asistía a la conversación, dijo:

—Es verdad, Bent. Los animales en su carrera ciega hacia aquí caerán malheridos. ¿Y qué vamos a hacer entonces con ellos?

—¡Oh, no lo crean! Al ver el alambre, darán media vuelta y comenzarán a rodar hasta que les hagamos entrar por el único sitio libre. Caerán intactos en nuestro poder.

Susana se alejó unos pasos, preocupada. Chester, enemigo irreconciliable de Bent, dijo al oído de la joven:

—No dará resultado nada de lo que él propone... Es un charlatán y un farsante... y si tú... le haces caso, cualquier día voy a liarme con él de nuevo a trastazos.

La muchacha pareció preocupada ante las palabras del dependiente, y respondió:

—Pues yo te digo que si el plan de Bent no da resultado, mi padre va a quedar en la ruina...

Chester se encogió de hombros y acercándose a

Bent que seguía pregonando las excelencias de su método, le gritó:

—No venga usted a decir que los caballos se apartarán del alambre cuando vean las púas; lo que sucederá es que en cada púa va a colgar un pedazo de carne de caballo.

—¿Y esto qué importa? Si de cada cien caballos que entren, salvamos veinticinco, habremos hecho un buen negocio.

—Me gusta porque por lo menos es usted humanitario...

Bent le miró con desprecio. ¡Miserable sapo! Y volviéndole la espalda, continuó diciendo al señor Melberne y a sus hombres:

—¿Qué le hace que matemos unos cuantos caballos salvajes más o menos habiendo tantísimos en el llano?

El señor Melberne se retiró en silencio, comenzando a lamentar interiormente el proyecto de Bent. ¡Le parecía algo bárbaro aquel procedimiento nuevo!

Al siguiente día, los expedicionarios se vieron sorprendidos por la llegada de un hombre extenuado por una ruda jornada entre montañas. Era Chane Weymer que muerto de sed y de fatiga había caído casi sin vida al pie del campamento, en su afán de llegar a los establecimientos mormones del Norte.

Llevaron a Chane a una tienda de campaña, y Susana se encargó de cuidar a aquel simpático mozo que la casualidad llevaba hacia allí. ¿Quién sería? No parecía un cuatrero; su aspecto no era el de un ladrón, se adivinaba en todo él una nobleza superior.

Cuando Chane volvió en sí, hallóse ante los ojos dulces de Susana que le sonreían.

—¿Se encuentra usted mejor? — preguntó ella.

—Sí... pero... ¿cómo estoy aquí?

Llegaron los Melberne y Chane Weymer explicó entonces que se dedicaba a los negocios de caballos y había estado huyendo de tres bandidos que querían apoderarse del suyo. Y mientras hablaba no podía

quitar los ojos de Susana, cuya luz parecía llegar a su corazón.

Chester Weymer que no había visto aún al herido, entró en la tienda para enterarse de su estado y dió un grito de sorpresa al reconocerlo:

—¡Chane! ¡Chane! ¡hermano mío!

—¡Oh, Chester! ¡Tú aquí?

Y los dos hermanos se abrazaron largamente. Susana sonreía emocionada... ¡Aquel hombre tan simpático era hermano de Chester! ¡Era cosa providencial!

Y una simpatía más íntima se estableció desde aquel momento entre todos. Quedó convenido que Chane permanecería allí hasta curar sus heridas. Y sería Susana la enfermera delicada de aquel bravo montaraz.

Y entretanto, en uno de aquellos parajes, Sosie, la india maltratada por los tres cuatreros llegaba ante su padre. Moribunda, apenas pudo pronunciar palabra. Murmuró con una voz que parecía un último suspiro:

—Padre, han sido los tres hombres blancos...

La luz se hizo en el cerebro del indio Toddy Nokin, desolado por la emoción.

—¿Los tres que estuvieron en el campamento de Chane? — preguntó.

Sosie afirmó con la cabeza. No pudo decir más. La muerte acababa de herir su corazón.

Y entonces, el viejo indio que veía muerta y ultrajada a la hija de sus amores, gritó con una voz ronca que pareció estremecer el desierto:

—¡Ah, malvados! Os buscaré y os daré muerte aunque os escondáis en el infierno!

Y su cabeza oscura se alzaba bajo el sol como la encarnación de la venganza.

Pasaron algunos días. El restablecimiento de Chane Weymer parecía excesivamente lento para un

hombre como él, de constitución robusta y avezada a estos percances.

Melberne comentó con su mujer:

—Es raro que Chane no haya recobrado todavía las fuerzas... Me parece que habrá que mandarlo a Lund.

Su mujer sonrió y contempló al grupo que formaban no lejos de allí Susana y Chane. Adivinaba aquella simpatía que atraía las dos juventudes.

—Eligio, atiende tus caballos y deja tranquilo al muchacho, que en Lund no hay médico para curarle el mal que tiene.

—Tienes razón. Mejor es atender nuestras cosas. ¡Ese plan de Manerube comienza a asustarme!

Pero Bent le tranquilizó al decirle que al siguiente día, comenzarían a bajar los caballos al valle. Con la trampa a punto de estar lista, Manerube deseaba capturar unos cuantos caballos para hacerlos servir de reclamo. Mas tampoco perdía de vista a Susana y a Chane Weyner cuya amistad le había desagradoado en extremo. ¿No era éste un rival más terrible que Chester?

Una tarde, Chane y Susana salieron a pasear por los alrededores del campamento. El joven parecía andar con dificultad y de pronto cayó al suelo. Se levantó penosamente, ayudado por Susana.

—¡Señor Weymer! ¡Chane! ¿Se ha lastimado? ¡Confésteme! — decía la joven, aturdida.

Chane sonrió, iluminando su rostro la simpatía del amor.

—Señorita — dijo —, no quiero seguir engañándola... No tengo nada... y si hubiese querido hace ya días que hubiera podido caminar bien.

La sorpresa pareció dilatar las pupilas de ella.

—Pues entonces...

—Entonces... es usted la que me obliga a hacer eso para estar a su lado. ¿Verdad que me perdoná? Es usted la muchacha más buena y encantadora que he conocido en mi vida... ¡Susana!...

La besó las manos y ella se abandonó a esa cari-

cía dulce. ¡Oh, sí, hasta entonces no había conocido lo que era querer a un hombre! Chester... Bent... nada significaban para ella... el que tenía a su lado era el verdadero dueño de su corazón.

Esta escena de amor la asaetaron desde lejos dos hombres, Chester y Bent. El muchacho sintió en su corazón la terrible herida del desengaño. ¡Y era su propio hermano quien le causaba este mal!... Chester amaba a Susana pero acabaría ese cariño para siempre. No, no lucharía contra su hermano mayor...

Y aquella noche comunicó a todos una resolución que sorprendió. Regresaba a la aldea, no se encontraba bien, prefería la vida del pueblo a aquellos días inacabables de campamento. Fué inútil que todos le hiciesen desistir de su determinación. Chane quiso quitarle aquello de la cabeza. Y se estrelló ante la terquedad del joven.

Les dejó a todos a primera hora matinal, después de estrechar en silencio, la mano de Susana.

Y le vieron desaparecer en la lejanía sin adivinar el sacrificio del pobre joven que sacrificaba su amor para que su hermano fuese feliz.

Bent, lleno de brutales celos, se acercó a Susana y le dijo aquella mañana:

—Ya vi ayer que anda usted en buena amistad con el forastero... Lo que acaso no sepa es que no hay hombre en toda la comarca que esté más relacionado con los indios que él, especialmente con las indias.

—Mire, Bent... no le creo... — contestó la joven.

—¿Se ha fijado usted en la pulsera que lleva Chane en la muñeca? Es una pulsera de las que hacen los indios... Pregúntele dónde la consiguió, y quizás entonces me crea usted.

La sorpresa se reflejó en el semblante de Susana. ¡Ah, cómo le habían herido las palabras de aquel hombre! Y los celos germinaban pugnando por aparecer.

Y tuvo el convencimiento de que Bent había di-

cho verdad al ver a Chane conversando a cierta distancia con un indio.

Toddy Nokin había ido al encuentro de Chane y le preguntaba:

—Chane, ¿te acuerdas tres hombres malos fueron campamento cerca de San Juan? ¿Dónde están?

—No lo sé — respondió el joven. —No me mataron y se llevaron mi caballo porque no pudieron.

—Por qué me lo preguntas?

—Chane, tú ser mi amigo — respondió gravemente el indio. — Mejor no decirte porque busco tres hombres malos...

—Y por cierto, Nokin. Tan pronto vaya a Lante entregaré el dinero de los caballos de la última expedición que supongo llegarían a su destino...

—Llegar caballos, Chane... Mis hombres los escoltaron... Pero ahora no me interesa dinero... sino cuatreros malos...

Y dejó a Chane, escopeta al hombro, perdiéndose fuera del valle, yendo en busca de los seductores de su hija.

Chane iba a entrar en su tienda, cuando Susana le llamó:

—Parece que tiene usted buenas amistades entre los indios — le dijo, sonriente.

—Sí, hablaba con Toddy Nokin. Hace mucho tiempo que somos amigos — respondió, sin darle importancia.

Susana se fijó en la labrada pulsera del joven, y añadió:

—¿Quién le regaló esta pulsera?

—Me la regaló una india amiga mía — respondió con naturalidad. — La hija del jefe Toddy Nokin.

—Ya me habían hablado de su interés por las indias — dijo Susana con retintín.

Y él le vió alejarse disgustada, herida por los celos... ¡Bah! Chane sonrió. ¡Nubecilla de verano! ¡Nubecilla que el sol del amor haría esfumar!

Chane, ya restablecido, comenzó a enterarse de lo que ocurría en el campamento. Pero hasta el

siguiente día, examinando las alambradas con púas, no se dió cuenta de la trampa para cazar caballos construida por orden de Manerube.

—¿No os ha salido de la cabeza que la mitad de los caballos quedarán hechos trizas contra la alambrada? —dijo a Bent y a algunos hombres que le ayudaban en su trabajo.

—Amigo — respondió el primero con insolencia — este alambre es de goma... Cuando los caballos embistan, les va a hacer botar como una pelota... —No lo sabía?

Chane insistió porfiando inútilmente. Estaban encasquettados en su torpe plan.

Y lo que temía Chane no tardó en ocurrir. Los caballos embestidos por los hombres de Bent se lanzaron a ciegas contra la cerca y se cortaron de tal manera que el mismo Manerube tuvo que pegarles un tiro. Ni uno de ellos quedó intacto para ser aprovechado.

En los alambres, jirones de pobre carne rota hablaban de lo monstruoso y absurdo de aquel plan.

Chane vió aquello, se indignó y lo mostró a Susana.

—Señorita Susana, — le dijo —, no creo que se haya usted dado cuenta de lo brutal y desalmado que resulta este sistema de cazar caballos.

—No me diga nada. Prefiero creer a aquellos en quienes puedo confiar — le respondió altaiva y despechada por los celos.

Pero interiormente comprendía la razón que animaba al joven.

Fué a Bent y mostrándole los caballos muertos, le dijo:

—¿No decías que los caballos darían media vuelta al ver el alambre?

—La dieron... pero un poco tarde — respondió burlonamente. — Mas no te desesperes. Los cazaremos... empujándolos con mayor suavidad que hoy.

Don Eligio, que era un gran corazón, al ver los despojos de las bestias muertas, recordando que

Chane ya le había hablado de aquella manera inhumana de cazar, dijo a Bent:

—Bent, me disgusta el negocio... No quiero destrozar a los caballos de esta manera... Ya sé que retirándome me arruino pero no puedo seguir así.

Bent, enfurecido, respondió:

—Esto debe de ser obra de Chane que le ha convencido a usted. Pues iremos adelante contra su parecer y el de él...

Chane Weymer con su sonrisa llegó muy cerca de Bent.

—Acabemos, Bent — dijo Melberne —. Si quieres que te sea franco me desagradan tus acciones y tu persona... Toma el portante y márchate del campamento.

—No me marcharé sin antes castigar a ese tuno de Chane...

Hizo ademán de abalanzarse sobre Chane, pero éste detuvo aquel cuerpo vigoroso y comenzó a pegar. Los dos hombres se enzarzaron en una lucha feroz. Varias veces fueron derribados sobre la cerca cuyas afiladas púas se clavaban en sus cuerpos. Pero Chane, más dueño de sí mismo, dió tantos golpes a su contrario que éste abandonó la partida.

—¡Ahora verás qué gusto les da a los caballos embestir las púas! — le dijo.

Bent murmuró una maldición y se alejó del campamento.

Y Chane Weymer convenció a sus amigos de que era mejor abandonar para siempre aquella absurda e inhumana manera de cazar caballos.

Melberne, a pesar de que aquello significaba la pérdida de todas sus esperanzas, accedió a ello y de la misma opinión fueron su mujer y su hija.

Prepararon, pues, la diligencia para regresar al pueblo, pero Chane quería antes enrollar el alambre de la cerca. Le parecía un crimen dejar las púas para que se matasen en ella los caballos.

Susana había desarrugado algo el ceño con respecto a Chane. Pero a pesar de todo no podía apar-

tar de su pensamiento el brazalete acusador. Chane se mostraba con ella cariñoso como un verdadero enamorado. Quería olvidar los celos de ella.

Y entretanto, Bent Manerube, despechado, había encontrado en su camino a Mac Pherson y sus dos compañeros, a quienes ya conocía de cuando estuvo por primera vez en tales parajes.

Enteró a los tres compinches de lo ocurrido en el campamento de Melberne, y Mac Pherson, lanzando una maldición, dijo:

—Nosotros queríamos apoderarnos de los caballos. Nuestra intención era esperar a que Melberne tuviese los caballos acorralados para quitárselos.

—Todavía estamos a tiempo — dijo Bent —. Vamos a arrear los caballos a la trampa. Podrán morir algunos contra las alambradas, pero siempre nos quedarán más de la mitad.

Y Jim Hora, uno de los cuatreros, se dirigió a las tierras altas comenzando a arrear los caballos hacia la trampa.

Las bestias, asustadas por la violencia de la persecución, iban ciegas hacia el valle.

Bent y los otros cuatreros, al descubrir cerca de la trampa a Melberne y su gente que comenzaban su viaje de retorno, les sorprendieron de modo imprevisto, rodeándoles revólver en mano y obligándoles a rendirse. Y mientras, los caballos seguían su loca carrera hacia la muerte.

La agresión había sido tan rápida que no tuvieron tiempo de luchar. Chane intentó defenderse pero inútilmente. Y tembló de odio... ¡Verse vencido por aquel bruto! Susana y sus padres contemplaban asqueados a Bent que sonreía. ¡Traidor!

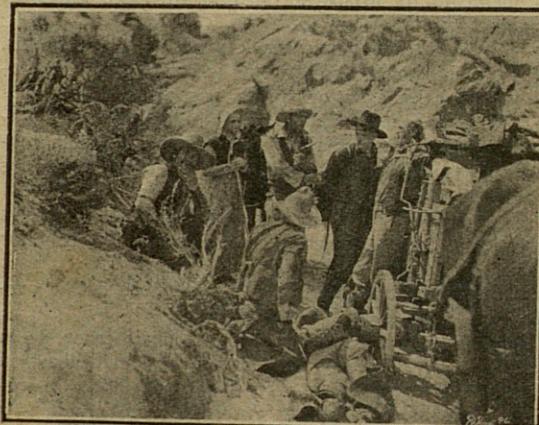
—¡Ah, ah! — dijo Bent, riendo —. No queremos hacerlos daño... Nos apoderaremos únicamente de vuestros caballos. Nuestro deseo es que veáis, además, las excelencias de la trampa que yo preparé.

Jim Hora, que cuidaba de arrear a las bestias, había llegado ya a la trampa y se unía a sus com-

páferos. Algunos pobres animales habían dejado sus carnes en la cerca. Chane hubiera deseado matar a aquellos hombres.

Mac Pherson, con una sonrisa terrible, exclamó:
—¡Hola, hola!... ¡No sabía yo que aquí hubiese una muchacha tan guapa!

Susana suplicó, llorosa:



Les sorprendieron de modo imprevisto...

—¡Por favor no martiricen a los pobres animales de esta manera tan cruel!

—Ah, ¿no quieres? — dijo Mac Pherson, riendo—. Pues bien, pídemelo como un favor...

—¡Oh, se lo ruego... se lo ruego!

—Quiero que me lo pidas como un favor...

Y para cobrarse intentó besar el rostro lindo de Susana. Los celos enloquecieron súbitamente a Bent.

—¡Mac Pherson, cuidado! Por esto no paso, ¿eh?
—Aquí soy yo el amo, ¿entiendes? — dijo Mac Pherson, enfurecido.

Y para que lo entendiera mejor, Mac Pherson, inflamado de deseo, disparó un tiro contra su cómplice Bent, dejándole muerto. A él nadie le replicaba, ¿comprendían?

Pero en aquel mismo instante sonaron tres dispa-



Chane intentó defenderse...

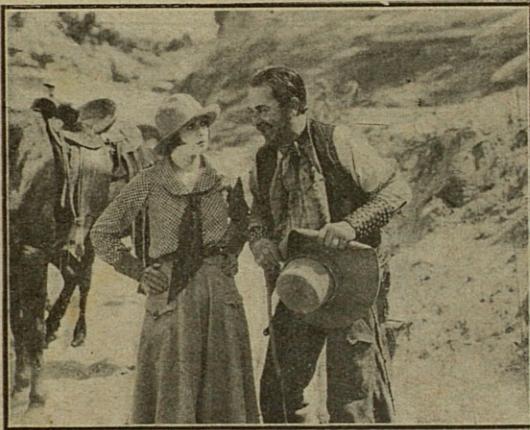
ros lentos, consecutivos, mortales. Y tres hombres, Mac Pherson, Hora y Slack cayeron para no levantarse jamás.

Desde un promontorio cercano el indio Toddy Nokin había cumplido su venganza. Los tres seductores de su hija caían bajo su rifle mortal y justiciero.

Viéndose ya libres, el propio Toddy se llegó a ellos y Chane, montando en su caballo "Bruto" co-

rrió hacia las bestias que descendían aturdidas chocando contra la trampa, para desviarlas de allí. Lo consiguió cuando iban ya a entrar en el valle, obligándolas a retroceder y a penetrar por otro camino que había quedado libre.

Pero algunos caballos embistieron la cerca y otros, asustados, penetraron por la entrada del valle. Entre



—Quiero que me lo pidas como un favor.

ellos estaba el famoso "Panguitch", el caballo cuya captura tantas veces soñó Chane.

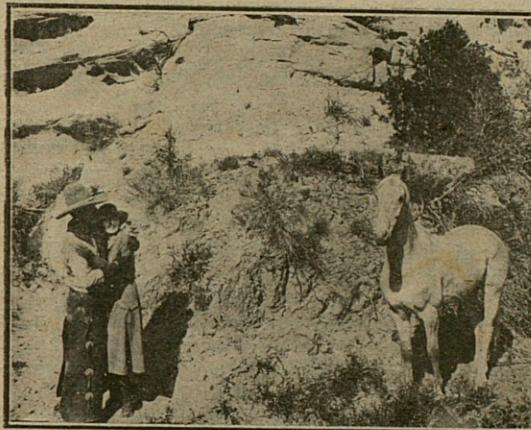
El indio Nokin había prodigado sus cuidados a los Melberne y Susana les preguntaba ahora con interés sobre la conducta de Chane con respecto a las indias. El viejo respondió:

—Chane Weymer no querer mujeres indias. Chane sólo ser buen amigo de los indios.

Ya tranquilizada, sintiéndose feliz, la joven fué al encuentro de Chane que no podía ocultar su dicha al ver prisionero a "Panguitch".

—¡Precioso animal, Susana! — dijo a Chane. Me ha costado muchos meses de trabajo cogerlo, pero al fin lo he logrado.

La joven contempló breves momentos a la hermo-



—¡Precioso animal, Susana! Me ha costado muchos meses de trabajo cogerlo...

sa bestia y vió en la otra parte de la cerca a una yegua y a un potrillo que contemplaban, melancólicos, al prisionero.

—¡Suéltelo, Chane! — dijo la muchacha, comodamente. — Mire, allí están su yegua y su potrillo... "Panguitch" no nació para ser esclavo.

—Imposible, querida Susana... me pide usted algo que no podré conceder...

—Chane, se lo suplico... Suelte ese caballo...

Y luego, decidida, continuó:

—Si lo suelta le concederé lo que me pida...

Cambió de expresión el rostro de Chane. Quería mucho a aquel caballo... pero aquellas palabras de Susana... ¿no parecían hablarle de algo delicioso?

—Dime... ¿te casarías conmigo si te lo pidiese?

—dijo, emocionado, y tuteándola por primera vez.

Ella bajó la cabeza y respondió:

—Sí...

—Tengo, pues, tu promesa en prenda... Voy a soltar al caballo.

Dió la libertad a la bestia que fué a reunirse con los suyos, emprendiendo veloz carrera por los montes

Susana y Chane quedaron un momento mirándose con emoción. Ahora tenía el joven la palabra de ella. Pero, ¡ay! no había sido esta promesa arrancada casi a la fuerza, en aras de la generosidad? Y Chane, noble, no quería violentar a su amiguita.

—Susana — le dijo —, eres libres; te quiero con toda mi alma, pero te devuelvo la promesa... si tú no me amas lo bastante para aceptarme...

Ella le cubrió la boca con sus besos, murmurando, temblorosa:

—No acepto tu devolución, Chane. Me casaré contigo...

Dejaba escapar el secreto de su amor. ¡Le quería! Y el joven se sintió feliz...

**

Y algunos días después, deshecha ya la cerca bárbara que había inventado Bent, todos regresaron a la aldea. Chane, prometido en matrimonio con Susana, había dicho a Melberne que pondrían juntos una granja agrícola, y este proyecto consolaba al viejo dej fraco del anterior.

Chane había pagado el importe de los caballos al viejo indio que volvía a sus tierras con la melancolía de la soledad.

Y al llegar a la aldea, los Melberne se encontraron con otra sorpresa. Chester Weymer, el hermano de Chane se había enamorado ahora de Sara, la muchacha que cuidaba de la tienda de ultramarinos que había pertenecido a Eligio.

Chester había sacrificado su corazón por la felicidad de su hermano, pero como era joven y no gustaba de penas de amor, había encontrado en Sara la futura esposa ideal.

Y un dia vió la aldea los casamientos de los hermanos Weymer con Susana y Sara... Y la campana de la iglesia tocó su más ardiente himno de gloria...

FIN

Próximo número:

BAJO LA METRALLA

por ESTELLE BRODY y JOHN STUART

Clamoroso éxito en el elegante COLISEUM

Postal regalo: HOLMES HERBERT

La Novela Film

sale todos los martes.

Precio: 30 cts.

LEA USTED

el libro 86 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Filos

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL BOXEADOR

por Buster Keaton, Sally O'Neill, etc.

:ÉXITO DE RISA!

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Filos

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

¡¡NO LO OLVIDE NI LO DEMORE!!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos

Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA